

la metrópolis y el individuo

Dorothea Kolland

El barrio de Neukölln

Contrastes, rupturas, rechazos. ¿Hay lugar para el futuro?

Cada mañana, cuando voy al trabajo, hago un viaje a otro continente: sigo en Berlín pero los contrastes difícilmente podrían ser mayores.

Mi vida privada se desenvuelve en la antigua parte occidental de la ciudad, cerca de uno de los hermosos vestigios del barroco prusiano, el castillo de Charlottenburg, en un emplazamiento que refleja de manera impresionante el llamado Gründerzeit berlinés caracterizado por las especulaciones y las quiebras de inversionistas.

Mi cuadra está salpicada de exquisitas tiendas de antigüedades, para las cuales la demanda diaria resulta un tanto limitada. No así para las numerosas farmacias y para la tienda de ropa de moda de la esquina, destinada a un público femenino de 60 años en adelante. Las amplias calles son tranquilas a pesar del tráfico, las pocas personas que las transitan durante el día son generalmente ancianas. Niños prácticamente no se ve, ni se oye. Todo très bourgeois, el tiempo parece detenido. Y luego, cada mañana, cuando llego a mi lugar de trabajo como directora de cultura del municipio de Neukölln, a una distancia de aproximadamente 12 kilómetros ocurre el salto a otro Continente. Mi oficina, en el Centro Cultural de Neukölln, que funciona en una antigua sala de fiestas construida hace 130 años, da a la avenida principal: la Karl-Marx-Straße. Esta calle larga, recta, bordeada por edificios aglutinados que constituyen una muestra de las construcciones de la clase media-baja de los últimos 150 años, está llena de tiendas, intercaladas con unos cuantos edificios que pretenden ser representativos, como el Ayuntamiento, el Correo y el Juzgado. Esta calle, que hace dos décadas todavía era “El Dorado” de pequeños y grandes negocios y tiendas, que fueron desplazados luego de la caída del Muro en 1989, por la fuerte especulación en los precios de los inmuebles, está ahora –por el vacío temporal– llena de tiendas de “cachipolla”, en las que se puede comprar barato. En las calles impera un enredo de voces casi babilónico. Todo el mundo está representado en Neukölln. Gente de alrededor de 165 naciones vive aquí: por un tiempo, definitivamente, de paso, huyendo o en busca de una nueva patria. El paraíso turco de las frutas y verduras; el local asiático de los saldos de textiles; el zapatero ruso; el comerciante paquistaní de pantalones y camisetas, instalado en el garaje; locales de servicio telefónico que ofrecen conexiones baratas a todo el mundo; puestos de alimentos: Döner, Shawarma y comida china, salchichas del Spreewald. El supermercado alemán no es fácil de encontrar, ya que se ha relegado a un patio interior. En el garaje contiguo se ha colocado tímidamente un letrero con la palabra “Cami”, que remite a una mezquita en el patio posterior. Alrededor de ésta se concentra un grupo de hombres mayores, con gorras y encanecidas barbas cortas, que deslizan collares de oración entre sus dedos.

Hace tiempo que Neukölln es rico en gente pobre. En la opulenta sociedad europea occidental, tanto la procedencia no-alemana, como la abundancia de hijos, constituyen factores de evidente pobreza. El 30 por ciento de los niños de Neukölln, requieren de ayuda social del Estado. El 24 por ciento de la población de Neukölln es “pobre”, mientras que el porcentaje de desempleo alcanza una cifra similar. En el norte de Neukölln los porcentajes se elevan considerablemente. Allí hay escuelas primarias con un 80 por ciento de niños de procedencia no-alemana para quienes el

alemán no es su lengua materna; más del 30 por ciento de ellos desertan de la escuela, deslizándose directamente hacia el desempleo. Y de los “niños sobrantes” alemanes, muchos provienen de un medio social muy difícil. La revista política alemana Der Spiegel, le confirió al barrio el título de “Bronx de Berlín” en una expresión de profundo menosprecio, impregnada de desesperanza.

Como ningún otro de los sectores de Berlín, Neukölln está constituido por contrastes, que comenzaron con su historia: los pequeños pueblos que más tarde conformaron Neukölln yacían pacíficamente en las afueras de Berlín. Desde su fundación en el siglo XIII su cotidianidad estuvo caracterizada por una incipiente agricultura y artesanía interrumpida por la servidumbre feudal y las destrucciones que ocasionalmente causaban las guerras. Hasta que en el año 1737, los refugiados religiosos bohemios, asentados por el rey prusiano, dieron a la región un impulso hacia delante en materia de bienestar y devoción.

El primer gran sobresalto ocurrió en la época del Gründerzeit y fue desencadenado por la industrialización de Berlín y por la explosión demográfica que la acompañó. El índice de crecimiento poblacional del entonces independiente Rixdorf –o así se llamó Neukölln hasta 1912– experimentó una explosión al pasar de 8.000 habitantes en 1871 a 237.000 en 1910. La riqueza de los fundadores no llegó a Neukölln, la pobreza de los trabajadores que invadieron Rixdorf amenazaba con asfixiar a la pequeña y orgullosa comunidad en la que se había establecido una pretenciosa pequeña burguesía. Se configuraron dos mundos: del un lado, orgullosas casas burguesas y pequeñas villas de campesinos enriquecidos mediante la venta de terrenos; del otro lado, vivienda de alquiler para trabajadores, con un espacio mínimo, relegados a dos o tres oscuros patios traseros; aquí súbditos leales al emperador, allá trabajadores resposdones. Ambos grupos armados de un arsenal completo, conformado por sus respectivos intereses culturales, que no tenían nada que ver entre sí: así como existía la asociación de ciclistas de los burgueses, la había también de los trabajadores; se entonaba tanto el atildado canto masculino burgués como el socialdemócrata. Solo los textos se diferenciaban. Pareciera que Lenin, para elaborar su teoría sobre las dos culturas hubiera hecho su investigación de campo en Rixdorf. En conjunto se desarrolló una riqueza cultural inmensa, acompañada por una floreciente industria del juego y la criminalidad, atractiva principalmente para los soldados y las mucamas de Berlín, lo que dió a Rixdorf una mala reputación. Y pocas calles más allá: las simbólicas empalizadas que aislaban al pueblo bohemio protestante ortodoxo de la hermandad herrnhutiana, para el cual, incluso el tocar un vals significaba ya un obstáculo en el camino hacia el cielo.

Estos contrastes, que se fueron estableciendo durante el desarrollo de la ciudad Neukölln –que cambió de nombre en 1912 con la esperanza de deshacerse de su mala reputación y poder elevar los precios de los terrenos– marcan hasta el presente a Neukölln y a sus hoy día 310.000 habitantes. La imagen de Neukölln se caracteriza por la alta concentración de las pequeñas viviendas de alquiler para trabajadores, así como por sus grandes parques; por las enormes áreas divididas en pequeños jardines familiares, como por sus enclaves industriales; por sus idílicos pueblitos, como por el primer condominio de edificios, concebido a principios de los años 60 por Walter Gropius: la Gropiusstadt, con el edificio de vivienda más alto de la ciudad; por las aglomeraciones de las casas unifamiliares de las familias pudientes, con sus jardincitos bien cuidados, como por las viviendas “cuartel” construidas sin imaginación; tanto por la maravillosa “Herradura” o hemiciclo habitacional de Bruno Taut, hecho en los años 20, como por terrenos baldíos en las orillas, principalmente en aquellos lugares donde Berlín Occidental terminaba abruptamente en el Muro. Este contraste se expresa en forma más aguda –hoy ya

sólo arquitectónicamente hablando— entre la ruidosa y sucia Karl-Marx-Straße y Richard-Platz, una plaza verde y tranquila, que aún mantiene un aire parroquial con sus casitas bajas y su antigua herrería de pueblo. Pero la plaza ya no se caracteriza por el paso de aldeanos conservadores alemanes o bohemios, sino por el de grandes familias palestinas. Aún así, a pesar de los grandes problemas en el campo de la educación, algunas escuelas y maestros de Neukölln, dentro de una tradición que se remonta a importantes experimentos de política educativa en la República de Weimar, se cuentan entre los destacados innovadores que no se resignan a la realidad y buscan un futuro digno para sus desaventajados hijos. A pesar del alto déficit de servicios de salud para la gente de escasos recursos, hay en Neukölln excelentes instalaciones médicas y centros de medicina social. A pesar de la depauperación, ha habido esfuerzos significativos por parte de políticos, urbanistas, párrocos y vecinos, por detener su crecimiento en zonas especialmente amenazadas y revertirlo mediante experimentos de empoderamiento, como en el caso del llamado “Quartiersmanagement” (administraciónzonal). A pesar del prejuicio generalizado sobre los habitantes de Neukölln, como individuos en pantalón de jogging, dados al alcohol en tabernas mugrosas y acompañados por sus perros de pelea, de Neukölln provienen sobresalientes deportistas, científicos, escritores, artistas, compositores (como el de la popular canción Wenn in Capri die rote Sonne ...) y personas tan singulares, como por ejemplo, el inventor del LP comestible de chocolate o del aparato que definitivamente enderezará a la Torre inclinada de Pisa. Este potencial se vuelve palpable, especialmente en la sorprendente escena artística del barrio, cuyo vigor es difícilmente apreciable ya que en Neukölln se produce mucho más de lo que se presenta. Muchos artistas han encontrado en antiguos edificios industriales vacíos el sitio para sus talleres o sus salas de ensayo. Una vez al año este conglomerado de artistas se reúne con motivo del evento 48 horas de Neukölln y se convierte en un centro de cultura urbana. El Taller de las Culturas es el semillero del famoso Carnaval de las Culturas. El Jardín de Comenio despliega en medio de un punto social neurálgico un jardín que transforma filosofía en naturaleza y exige que se la respete. El Neuköllner Museum conquistó mediante su trabajo, de cara a la gente y al futuro, el Premio de los Museos del Consejo Europeo. Alrededor de la Dirección de Cultura del barrio, surgen proyectos interesantes que toman la iniciativa para procesos artísticos en el contexto social y urbano. Para cerrar con broche de oro, está la Ópera de Neukölln, una contradicción en sí misma: ¿Cómo puede un barrio como Neukölln disponer de una ópera, la coronación de la cultura burguesa adinerada y de Estado? Y sin embargo, es cierto: en una antigua sala de baile de Rixdorf, proveniente de la época del Gründerzeit, un pequeño grupo de entusiastas del teatro musical puso en marcha un concepto tan innovador como divertido, que atrae tanto a jóvenes artistas como a connaisseurs, y que atrae también a los vecinos, como no sucede con ningún otro teatro musical en Berlín. Una de las producciones se tituló El milagro de Neukölln. El renombrado periódico Frankfurter Allgemeine Zeitung hizo extensivo este título a todo el paisaje cultural del barrio. Como muestra esta visión diacrónica, Neukölln está marcado por transformaciones, cambios radicales y rechazos. Tal situación será posiblemente un terreno fértil para el arte y la cultura, tal vez se podrán encontrar senderos hacia el futuro, que no permitan que los rechazos se conviertan en fuente de catástrofes o de monotonía.

Traducido del alemán por Fernanda Ugalde y Roberto Gutiérrez

Dorothea Kolland es doctora en filosofía, musicóloga y socióloga de profesión, está desde hace 22 años a cargo de la Dirección de Cultura del Barrio de Neukölln. Además de la administración de dos galerías, un museo, tres centros culturales y varios proyectos independientes de arte y de cultura, investiga principalmente en el ámbito de la historia y diversidad cultural; y está comprometida con la política cultural especial, dirigida a espacios de conflicto.